

TOMO I

H O M E N A J E

Luis Jaime Cisneros

Capítulo 34



Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Homenaje Luis Jaime Cisneros
Tomo I

Editor: Eduardo Hopkins Rodríguez

Diseño de carátula: Giselle Scheuch

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa rústica:
9972-42-473-1
Tomo I: 9972-42-474-X
D.L. 1501052002 2422

Obra Completa tapa dura:
9972-42-476-6
Tomo I: 9972-42-477-4
D.L. 1501052002 2421

Primera edición: julio de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Isabel Allende: de narradora a mujer

Liliana Checa

Pontificia Universidad Católica del Perú

SU NOMBRE DESTACA como el de la escritora más leída de habla hispana. Su producción constante la convierte en una de las narradoras más prolíficas de Hispanoamérica; su fama trasciende todas las fronteras. Tuve el privilegio de conocerla y entrevistarla. Menuda, chiquita, con una mirada intensa y penetrante que tiene mucho que decir; cariñosa, natural, espontánea, expresiva, comunicativa, brillante, así es Isabel Allende. Habla como escribe, por lo que escucharla se convierte en un deleite equivalente a leer sus palabras.

La conocí en su oficina de Sausalito, en San Francisco, California, lugar del que se manifiesta profundamente enamorada. Al llegar, todo me pareció conocido. Su estudio es un espacio amplio con un sello personal muy marcado. Todo es blanco, hasta la biblioteca, llena no solo de libros, sino de fotos de sus seres más queridos: su hija Paula, ausente, pero siempre presente; su hijo Nicolás; sus tres nietos; su hijo político Ernesto; su madre, por supuesto; su padrastro, Ramón; su marido, Willie; y hasta su editora, Carmen Balcells. Cojines de colores que invitan a recostarse, un escritorio y una computadora completan la decoración. Al lado, en la Calle Caledonia, aparece un letrero que dice: «Oficinas Legales de William Gordon». Para los lectores de *El plan infinito* y de *Paula*, es como llegar a las oficinas de Gregory Reeves, personaje inspirado en su marido. Es más, el que se desempeña como su asistente, Stephen Tong, quien, según Isabel, no habla nada de castellano y muy poco inglés, pero con quien es muy fácil llevarse bien, no es otro que el generoso contador de *El plan infinito*, que rescata a Gregory Reeves de la bancarrota al final de la novela.

Conversar con Isabel Allende ha sido una experiencia inolvidable. Su lucidez, su capacidad para contar historias propias y ajenas, la relación que establece con sus personajes, y con sus interlocutores, su generosidad, su maravillosa expresividad, la convierten no solo en la escritora de habla hispana más leída, sino en un ser humano formidable y excepcional.

Después de haberla conocido, mi lectura de su obra nunca más será la misma. Su personalidad enriquece profundamente sus nove-

las, pues, en el fondo, ella es un poco como todos sus personajes femeninos: luchadora, intuitiva, incapaz de darse por vencida ante la adversidad y con una integridad y fortaleza interior para luchar contra viento y marea por concretar sus sueños.

Conversamos sobre su vida en California, sobre la muerte de su hija Paula y la terrible carencia de no tenerla ya físicamente, aunque espiritualmente siempre esté con ella; sobre la relación con su madre, su mejor amiga y su crítica más severa, según me dijo; sobre Chile; sobre su vocación por la escritura. Me enseñó el génesis de *Paula*, privilegio extraordinario, todas las notas que escribía en el dolor del hospital, durante la larga y penosa enfermedad de su hija y que finalmente se convirtieron en un conmovedor y desgarrador testimonio del dolor humano.

Es esa experiencia vivida la tarde del 22 de abril de 1999 en Sausalito, la que quiero compartir con ustedes, para que, a través de sus palabras, puedan conocer a esa escritora brillante y talentosa, dotada de una imaginación prodigiosa y desbordante, y a esa mujer formidable que es Isabel Allende. Esa tarde ella lo dijo todo y yo nada, ustedes juzgarán por sí mismos.

Nacida circunstancialmente en Lima, en 1942, donde su padre se desempeñaba como diplomático, Isabel Allende incursionó en el periodismo desde muy joven. Su formación es casi autodidacta y su advenimiento en narradora es totalmente impensado, incluso para ella misma. Isabel Allende se convirtió en novelista casi sin proponérselo y, la nostalgia de su tierra, ha jugado un papel determinante en este hecho.

Respecto de su experiencia venezolana, lugar al que emigra con su familia, la escritora recuerda lo siguiente:

Venezuela fue muy acogedora con todos nosotros, pero yo no había cerrado la etapa anterior, estaba con un pie en el estribo, no pude adaptarme. El pasado se perdió al salir de Chile. Nunca más he tenido esa sensación de pertenecer a un lugar, de entender las claves del lenguaje, de captar de inmediato los códigos. Lo perdí y no lo recuperaré jamás, porque mi vida se fue en una dirección impredecible. El hecho definitivo que marcó el pasar de una época a otra, fue la publicación de *La casa de los espíritus*. Fue el cierre total: en esa novela quedó envasada y sellada esa vida mía, ese pasado.¹

¹ PIÑA, Juan Andrés. *Conversaciones con la narrativa chilena*. Santiago: Los Andes, 1991, p. 204.

Al salir de Chile, su abuelo materno era prácticamente el único pariente que le quedaba. Poco tiempo después de llegar a Caracas, recibió la noticia de que este había decidido morir. Tenía casi cien años y dejó de comer y de beber para aguardar la muerte. Entonces, la nieta se sentó a escribirle una larga carta, a pesar de saber que nunca llegaría a su destinatario, pues su muerte era cuestión de horas:

Quise recordar aquellas cosas que ocurrieron a principios de siglo, cuando yo ni había nacido. Creo que desde el comienzo yo sabía que no iba a alcanzar a terminar la carta, porque mi abuelo murió mucho antes de que la terminara [...]. Lo que comenzó como una carta fue juntándose en un montón de papel hasta hacer quinientas páginas que finalmente fueron un libro.² Lo que quería decirle en la carta es que él no iba a morir, que su memoria, su recuerdo, iba a estar vivo para mis recuerdos, para mis hijos, para mis nietos. Ese es el comienzo de *La casa de los espíritus* donde dice la narradora que escribe para salvar la memoria del pasado y sobrevivir a su propio espanto.³

Este es el origen de *La casa de los espíritus*, cuyo personaje masculino, Esteban Trueba, está elaborado sobre la imagen del abuelo materno de Isabel Allende:

Mi abuelo no era como Esteban Trueba. Sirvió de modelo para el personaje, pero en la vida real era mucho mejor que Trueba, gracias a Dios se murió antes de leer el libro, porque lo hubiera matado el disgusto y yo cargaría para siempre con ese crimen en la conciencia. El viejo quería mucho a mi madre y supongo que también a nosotros, sus nietos, pero estaba herido con la muerte de mi abuela; se sintió traicionado por su ausencia, se vistió de negro para no seguir sufriendo por sentimentalismos. [...] Yo lo adoraba y le tenía un poco de miedo.⁴

Luego, vino el arduo trabajo de encontrar editorial para publicar su primera obra, firmada por un autor desconocido y, además, mu-

² Ver ZAMUDIO, Alfredo. «Isabel Allende: A vivir con alegría». *Hoy*, vol. 385, n.º 3-9, diciembre de 1984, p. 32.

³ Ver CLAUDIN, Víctor. «Isabel Allende cuentacuentos en la aldea del amor y la sombra». *Liberación*, 25 de noviembre de 1984.

⁴ CORREAS ZAPATA, Celia. *Isabel Allende: vida y espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés, 1998, p. 34.

jer. Isabel Allende recuerda haber estado leyendo en ese momento la novela de su compatriota José Donoso, *El jardín de al lado*, que trata, precisamente, del exilio y la difícil carrera de un escritor que lucha por adaptarse a la vida en un país extranjero, a cuya forma de vida no logra adecuarse a pesar de sus esfuerzos, pues el peso de sus recuerdos es mucho más intenso. A través de esta novela, confiesa la escritora, se entera de la existencia de Carmen Balcells, la más importante agente literaria de novelistas de habla hispana del momento y le envía un manuscrito de *La casa de los espíritus*, que Plaza & Janés publicaría seis meses después.

L.Ch. Tu cuentas que *El jardín de al lado* te animó a enviarle a Carmen Balcells *La casa de los espíritus* y que cuando, unos meses más tarde, la viste en un mesón de librería, sentiste pena por ella porque pensaste que ya no te pertenecía y que otros ojos podían juzgarla sin piedad. ¿Es esa la sensación que tienes frente a todas tus novelas?

I.All. Con el primer libro pasa eso: uno tiene una actitud de madre obsesiva y cree que tiene que andar por allí, lector por lector, explicando de qué se trata el libro porque, si no, no lo van a entender o lo van a juzgar mal. Pero eso se pasa después, no hay con los otros libros ese sentido de posesión, ni ese orgullo, ni nada de eso. Es una cosa que sucede con la primera edición del primer libro. Nunca más vas a volver a sentir esa excitación, esa cosa extraordinaria de que te cambió la vida, completamente. Este libro, esta primera edición de Plaza & Janés, está firmado por los actores de la película y por todos los actores de la obra de teatro que se dio en Londres, tiene para mí un valor extraordinario.

La casa de los espíritus la consagró como una escritora de gran talento y creatividad. Se publicó en 1982 y la repercusión que alcanzó fue tan inmediata que se tradujo a veintidós idiomas. La novela relata la vida de Esteban Trueba y su familia en un lapso de aproximadamente setenta y cinco años, a través de los cuales se va contando también un período de la historia de Chile. La gran responsabilidad de contar la historia recae sobre un narrador maduro, Esteban Trueba, que recuerda con nostalgia sus años difíciles y prósperos para luego hacer un balance de su vida. Trueba reconstruye la historia a través de sus recuerdos y de los «cuadernos para anotar la vida» de su esposa Clara.

Conforme avanzan las páginas, el lector desarrolla un sentimiento ambiguo hacia Esteban Trueba. Por una parte censura su violencia, incontenible en ocasiones, y su mentalidad rígida e intransigente. Sin

embargo, el paso del tiempo sirve para mitigar su genio y uno no puede dejar de conmoverse ante su dolor por los sucesos ocurridos, por las desgracias que de una u otra forma afectan a la familia, y por el amor incontenible y profundamente enternecedor que siente por su mujer, Clara, y por su nieta, Alba. «Nunca me había bañado en agua caliente y los recuerdos que tenía de mi niñez eran de frío, soledad y un eterno vacío en el estómago», dice.⁵ Este narrador adulto comparte la narración de los hechos con su nieta Alba, quien decide contar su historia para «sobrevivir a su propio espanto» y que aporta una perspectiva de los hechos distinta de la de su abuelo. Isabel Allende hace que la familia se prolongue por el lado femenino porque cada una de las mujeres es protagonista no solo de una etapa de la vida de los del Valle o los Trueba, sino que en su conducta se registra el paso de los años y de los acontecimientos y los cambios que se perciben en la posición de la mujer dentro de la sociedad en la que le toca vivir. Pero la gran virtud de Isabel Allende radica en su capacidad de contar y reinventar experiencias que, de alguna manera, ella también ha vivido.

Celia Correas Z. Al releer *La casa de los espíritus*, como hago cada vez que enseño el libro en mi clase de literatura, me ha entrado la sospecha de que las cuatro protagonistas son diferentes aspectos de la misma mujer: tú.

I. Allende. Es una teoría interesante. No son aspectos de mí, pero pueden ser aspectos de un mismo personaje, una mujer muy compleja motivada por el amor. Nivea, Clara, Blanca y Alba tienen rasgos comunes: no calzan en su medio. Se rebelan contra la autoridad masculina, tienen inquietud social, son románticas y con sentido de familia y del honor.⁶

La popularidad internacional de sus novelas es de tal magnitud que las dos primeras han sido llevadas al cine. La primera, *La casa de los espíritus*, dirigida por el sueco Bille August, fue filmada entre Portugal y Suecia. La producción cinematográfica cuenta con un reparto espectacular que incluye a Jeremy Irons en el rol de Esteban Trueba, cuya historia este relata de principio a fin en la novela en cuestión, Glenn Close y Meryl Streep, entre otros. La segunda, *De amor y de sombra*, ha sido rodada en la Argentina y cuenta con la participación

⁵ ALLENDE, Isabel. *La casa de los espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés, 1982, p. 26.

⁶ CORREAS ZAPATA, Celia, ob. cit., p. 81.

del actor español Antonio Banderas. A propósito, Isabel Allende tiene mucho que decir:

L.Ch. Siento que si bien la película de *La casa de los espíritus* es muy buena, no le hace justicia al libro.

I.All. A mí me encantó. Es diferente, no se puede esperar que sea tan fiel al texto. También me gustó la que hicieron sobre *De amor y de sombra*. Nada más que el honor de que un grupo de gente se ponga a hacer una película con un libro mío, ya me parece extraordinario.

L.Ch. ¡Qué modesta eres!

I.All. No, no es modestia, sino que mira todos los temas y todos los libros que hay para elegir. La película de *La casa de los espíritus* costó 26 millones de dólares, ¡imagínate la inversión para ser una película! A mí me pareció un honor, ¿qué quieres que te diga? Me invitaron a verla sentada en un teatro. Por fin supe de qué se trataba mi libro, porque antes de ver la película no sabía de qué se trataba. *La casa de los espíritus* tiene muchas historias y yo no era capaz de separar las historias secundarias de la principal. Era como un árbol en el que no había tronco y ramas, era una especie de arbusto. Cuando vi la película, noté que había un tronco y que le habían podado un montón de cosas que no se necesitaban. Ahora te puedo decir de qué trata *La casa de los espíritus*, pero entonces no sabía. Y me va a pasar lo mismo, tú vas a ver, con *Hija de la fortuna*, porque cuando me preguntan no sé de qué se trata todavía, hasta que leo la crítica y empieza la gente a comentármelo y tal vez algún día se haga una película, entonces te voy a poder decir «bueno, este libro se trata de tal o cual cosa». Pero me pasó algo muy simpático. Cuando me fui a España a presentar *Hija de la fortuna*, iba medio confundida porque no sabía muy bien de qué se trataba y el primer periodista que me entrevistó, antes de hacerme la primera pregunta, me dice: «Este libro es una gran metáfora del feminismo». Yo me quedé callada. Y entonces me dice: «Este es el viaje del feminismo en este siglo, exactamente igual, la mujer que sale del corsé y de la reclusión y se lanza a los espacios abiertos del mundo a conquistarlo y para hacerlo debe masculinizarse y se viste de hombre y se masculiniza, y cuando encuentra la libertad de su propia fortaleza y su seguridad y su autoestima vuelve a sus ropas de mujer, pero ya nunca más con el corsé». Así que me resultó bien fácil el resto de las entrevistas porque después de esa explicación...

Casada por segunda vez con un abogado norteamericano que reside en California, Isabel Allende sitúa dos de sus novelas en esa región. La primera, *El plan infinito*, logra plasmar magníficamente la idiosincrasia de una clase social marginada y relegada: los inmigrantes mexicanos ilegales que huyen a California con la esperanza de una vida mejor y cuya realidad no puede pasar desapercibida para los norteamericanos. La novela es, además, un fiel testimonio de una época que marcó a los Estados Unidos: la rebeldía surgida en los jóvenes universitarios como rechazo a participar en la guerra de Vietnam que daría lugar al hipismo de los años 60. La segunda, *Hija de la fortuna*, relata, a través de la vida de Eliza Sommers, el descubrimiento del oro en San Francisco a mediados del siglo XIX. Pero mucho más importante es el hallazgo que hace la protagonista acerca de sí misma y de su propia libertad y fortaleza interior.

L.Ch. Siento que *El plan infinito* y *Hija de la fortuna* son dos novelas que tienen como tema la búsqueda de la libertad y la identidad individual de los personajes. ¿No sé si me equivoco si digo eso? Además, son dos novelas que coincidentemente transcurren en California. ¿Qué me puedes decir respecto de esto?

I.All. Cuando terminé de escribir *El plan infinito*, en 1991, quedé enamorada del tema de California. Es la historia de mi marido realmente. No hacía muchos años que yo vivía aquí y había hecho una larga investigación para que la novela estuviera ubicada lo más real posible. Willie me llevó a las diferentes partes de California donde habían sucedido los acontecimientos. Hablé con mucha gente y me fui empapando de la cultura y de este lugar, y me enamoré de California. Entonces se me ocurrió la idea de escribir un libro que fuera sobre la historia de California y lo que marcó el comienzo de San Francisco fue realmente el descubrimiento del oro. Me pareció que era un momento histórico sensacional porque era una época de gente que vino en busca de un sueño, como dices tú, vino en busca de una nueva libertad. No solamente vinieron buscadores de oro, vino mucha gente en busca de nuevos horizontes, idealistas que vinieron dispuestos a formar la nueva utopía aquí. Vino gente que había sido expulsada por razones políticas de Europa. Llegaron toda clase de locos sueltos con sus planes y su magia y sus sueños. Era un horizonte abierto donde todo se podía inventar. A mí me pareció que era un tema sensacional y estaba lista para empezar a investigar y escribir en 1992, el 8 de enero de 1992...

L.Ch. Como siempre.

I.All. Claro, pero a finales del 91, mi hija Paula se enfermó. Todo el año 92 lo pasé entre hospitales y en casa con ella, hasta que a finales del año Paula murió. La novela siguió enterrada en algún lugarcito de la mente y del corazón. Paula murió el 6 de diciembre de 1992. Mi mamá vino y estuvo conmigo. Yo estuve como atontada, por un par de semanas andaba como sonámbula y entonces mi mamá, hacia el 5 de enero, me dice: «¿Qué vas a empezar a escribir el 8?». Y yo le contesto: «Mamá, yo no puedo escribir nada, ¿cómo se te ocurre que voy a escribir?». Y mi mamá me dijo: «Mira, lo único que te va a ayudar es escribir; si no escribes, te vas a morir». Y me trajo a esta pieza que tú ves aquí el 8 de enero y me dijo: «Quédate aquí y escribe lo que puedas, yo voy a ir a comprar un chaleco». Se demoró seis horas en comprar el chaleco y cuando volvió, yo estaba hecha un mar de lágrimas y había escrito las primeras páginas de lo que fue después el libro *Paula*, pero que ya estaba escrito. Te voy a mostrar dónde lo tenía yo, empezado ya, en el hospital. En Madrid, yo ya había empezado todas las notas que más tarde me sirvieron. Te voy a mostrar uno de los cuadernos, porque son varios. Las notas que tú ves aquí, las escribía sentada en el pasillo del hospital. Con esto y otras cosas que tenía, cartas que mi mamá me devolvió, que eran las que yo le había escrito durante todo ese tiempo, fue saliendo ese libro. Durante todo el año 93, que fue el peor año, no, el peor año fue el 92, pero el 93, que fue un año de duelo, lo que me obligaba a levantarme en la mañana y salir a la vida, era la escritura. Me había propuesto escribir seis horas al día, pasara lo que pasara. Pasé todo el año 93 con eso, pero seguía teniendo allí, esperando, la otra novela. Terminé de escribir *Paula*, se lo mandé a mi agente en España y allí me bajó la depresión feroz, porque fue como si hubiera terminado una etapa, un episodio...

L.Ch. ¿No sentiste que era como una catarsis haberlo escrito?

I.All. No, sentí que se me abría un vacío a los pies y que la vida terminaba y que no había ya más que hacer. Yo no sé lo que pasó, me imagino que estaba muy deprimida. Empecé a tomar Prozac, a ir a terapia, no me sirvió para nada. Y lo que dijo mi mamá, con justa razón fue: «Estas son cosas que hay que vivirlas, no se pueden eludir». Es como caminar por un túnel. Tú caminas y caminas y un día encuentras la luz al otro lado, pero hay que seguir caminando. Durante dos o tres años no pude hacer absolutamente nada. Daba vueltas aquí contestando la correspondencia, porque llegó una avalancha

de cartas sobre el libro *Paula*. Muchachas que se identificaban con mi hija; parejas que se identificaban con Ernesto; madres que se identificaban conmigo; padres que habían perdido hijos; médicos que decían que les había cambiado la vida después de leer este libro y que ya no veían a sus pacientes de la misma manera. Tuve que organizar la oficina nada más que para contestar esa correspondencia que llegaba en varios idiomas. Y así pasaron más de dos años y yo seguía teniendo la idea de escribir *Hija de la fortuna*, pero no salía, estaba completamente trancada, no podía escribir, y pensé realmente que había terminado mi carrera como escritora de ficción. Pero me acordé que era periodista y que si me dan un tema, a la larga lo saco. Me di un tema que no tuviera nada que ver con la muerte, que fuera lo más opuesto posible a *Paula* a ver si me sacaba de la depresión. Al hacer la investigación de *Afrodita* y tratar de escribir con humor, tuve un cambio total de ánimo. No había terminado la última frase, y ya estaba lista para empezar *Hija de la fortuna*. Pero durante los siete años que transcurrieron, desde el 91 hasta el 98 en que lo empecé a escribir, había investigado, tenía pilas de libros ya marcados, tenía toda mi oficina marcada con *stickers*, esos papelitos autoadhesivos, con notas. Estaban todas las paredes cubiertas con eso. A medida que iba escribiendo el libro —lo escribí en seis meses, porque ya lo tenía hecho—, iba sacando los papelitos de la pared y cerrando los libros que ya había usado, y así fue saliendo. Es un libro que tardé poco en escribir pero tuvo una gestación de elefante, larguísima. Y, como dices tú, es un libro que aparece como la historia de amor de una mujer que, como casi toda la gente que llegó a California, vino en busca de algo y encontró otra cosa. Ella vino en busca del amor y encontró la libertad, una libertad que no habría encontrado jamás en ese siglo y en esa época y en ese lugar que era Valparaíso.

L.Ch. Sin embargo, es esa capacidad para amar la que hace a tus personajes tan sólidos, porque, aunque encuentren otra cosa al final, su intensidad para el amor, para luchar por conseguirlo, es lo que les da esa fortaleza intrínseca, que los distingue de los demás.

I.All. La motivación más grande de mi vida ha sido el amor. No solo el amor por un hombre, o por muchos hombres. Está el amor por mi madre, primero, que me obliga a planear mi vida en función de cuando nos vamos a ver, cuando va a venir; el amor por mis hijos. En el momento en que tuve a los dos niños me cambió la vida, nunca más volví a pensar en mí como individuo, sino como una mesa de tres patas, en la que yo soy una de las patas; y el hecho de que Paula esté

muerta es un inconveniente, pero no un obstáculo: sigue estando allí, permanentemente, presente siempre. El amor ahora por mis nietos, el amor a ciertas causas, sin duda el amor que tengo por Willie es el que me trajo acá y me hizo adaptarme a vivir aquí —ya llevo doce años—, y es un amor muy raro porque es una persona tan distinta a mí en todo sentido y hemos pasado por tantos obstáculos. Meses después de que murió Paula, murió la hija de Willie, y pasamos los dos por una época espantosa porque el duelo no nos juntó, sino que nos aisló; cada uno se encerró y tuvimos que hacer un verdadero esfuerzo, yo diría que intelectual, para reencontrarnos y tendernos la mano el uno al otro y decirnos «bueno, estamos en lo mismo», pero costó mucho.

Paula es el texto que le permitió a Isabel Allende exponer sus flaquezas, dar rienda suelta a sus propios fantasmas, a sus temores, ante la terrible e inminente posibilidad de que su hija le fuera arrebatada para siempre por la muerte.

Si la obra anterior de Isabel Allende se caracteriza por una prosa conmovedora y una riqueza imaginativa que desborda todos los límites de la realidad, *Paula* la consagra no solo como una extraordinaria narradora, sino como un ser humano profundamente dolido y nostálgico por la enfermedad de su única hija, cuyo fin es la muerte a pesar de los esfuerzos sobrehumanos de la madre y de la ciencia por prolongarle la vida. La escritora se nos muestra en estas memorias como alguien plenamente consciente de sus defectos y virtudes que lucha infructuosa y desesperadamente por retener a su hija en este mundo, incluso cuando la ciencia ya se ha dado por vencida para salvarle la vida.

Lo que nos entrega Isabel Allende son unas páginas impregnadas de ternura y sentimiento, una radiografía honesta y sobrecogedora, por la crudeza con que relata ciertos hechos de sí misma y de los años que le tocó vivir en Chile y en otros lugares hacia los que la vida la fue llevando.

El relato es una prueba más de la vulnerabilidad y fragilidad de la vida. Irónicamente, los éxitos de Isabel Allende se ven opacados por la tragedia que invade su existencia súbita e inesperadamente. Como ella misma afirma:

He vivido en los extremos, pocas cosas han sido fáciles o suaves para mí, tal vez por eso mi primer matrimonio duró tantos años, era un oasis tranquilo, una zona sin conflicto en medio de las batallas. Lo demás era solo

esfuerzo, conquistar cada bastión con una espada en la mano, ni un instante de tregua o de aburrimiento, grandes éxitos y tremendos fracasos, pasiones y amores, también soledad, trabajo, pérdidas y abandonos.⁷

Cuando Isabel Allende se encontraba en España, presentando su última novela, *El plan infinito*, Paula, su hija, cae gravemente enferma de porfiria, un mal congénito que hasta ese momento no había presentado ningún síntoma. Posteriormente entra en coma y la madre, incapaz de cambiar el destino de su hija, comienza a escribir este autorretrato para después dárselo a Paula cuando ella despertara de su largo letargo. Conocemos los hechos. Desafortunadamente esto no ocurre y Paula es, por eso, el testimonio del intenso dolor y de la impotencia que siente una madre ante la muerte inevitable de su hija.

Escucha, Paula, voy a contarte una historia, para que cuando despiertes no estés tan perdida.⁸

[...] ¿Dónde andas, Paula? ¿Cómo serás cuando despiertes? ¿Serás la misma mujer o deberemos aprender a conocernos como dos extrañas? ¿Tendrás memoria o tendré que contarte pacientemente los veintiocho años de tu vida y los cuarentainueve de la mía?⁹

A través del relato de Isabel Allende conocemos los aspectos más íntimos de su vida; su código de valores, sus prejuicios, sus defectos y virtudes, que cuenta sin reparos. Reconocemos a sus familiares más cercanos en los personajes de sus novelas: sus abuelos maternos que serían fuente de inspiración para Esteban Trueba y Clara del Valle de *La casa de los espíritus*; William Gordon, su marido actual, que le serviría para crear a Gregory Reeves en *El plan infinito*; y muchos otros más. Identificamos en sus novelas a muchos de sus seres queridos y comprobamos una vez más cuán cierto es aquello que ella misma dice: «yo no invento, solo exagero».

Lo que comienza como una carta se convierte en una poderosa y cautivante autobiografía a lo largo de la cual prevalece el dolor de la madre ante el estado inmutable de su hija.

⁷ ALLENDE, Isabel. *Paula*. Barcelona: Plaza & Janés, 1984, p. 128.

⁸ *Ib.*, p. 11.

⁹ *Ib.*, p. 15.

Llevas un mes dormida, no sé cómo alcanzarte, te llamo y te llamo, pero tu nombre se pierde en los vericuetos de este hospital. Tengo el alma sofocada de pena, la tristeza es un desierto estéril. [...] Me vuelco en estas páginas en un intento irracional de vencer mi terror, se me ocurre que si doy forma a esta devastación podré ayudarte y ayudarme, el meticuloso ejercicio de la escritura puede ser nuestra salvación. Hace once años escribí una carta a mi abuelo para despedirlo en la muerte, este 8 de enero de 1992 te escribo, Paula, para traerte de vuelta a la vida.¹⁰

Más que en ninguna de sus novelas anteriores, Isabel Allende se revela aquí como una escritora. Como ella misma afirma:

Llevaba más de veinte años en la periferia de la literatura —periodismo, cuentos, teatro, guiones de televisión y centenares de cartas— sin atreverme a confesar mi verdadera vocación; necesitaría publicar tres novelas en varios idiomas antes de poner «escritora» como oficio al llenar un formulario.¹¹

Del mismo modo que la extensa carta que comenzó a escribir para su abuelo al enterarse de su gravedad se quedó sin destinatario y se convirtió en su primera novela, *Paula* no pudo ser el texto que entregaría a su hija cuando despertara del estado de coma y se convirtió en un documento revelador y en un testimonio maravilloso que nosotros los lectores tenemos el privilegio de compartir.

No podemos ser ajenos al dolor de la madre. No podemos evitar conmovernos ante la relación maravillosa de compañerismo y complicidad establecida entre Isabel Allende, su madre y sus hijos; no podemos dejar de admirar su franqueza y honestidad al desnudarse internamente sin reparos.

La lectura de *Paula* es ágil y apasionante. El lector comprueba cómo las anécdotas literarias que allí aparecen son necesariamente producto de la intensa vida de la escritora. Paula muere, finalmente, a pesar de los esfuerzos de la madre por retenerla en la vida. Su memoria, sin embargo, queda con nosotros.

A través de esta elegía, Isabel Allende no solo inmortaliza a su hija, sino también se inmortaliza a sí misma, pues en toda su obra anterior

¹⁰ Ib., p. 17.

¹¹ Ib., p. 304.

no habían aparecido páginas tan conmovedoras y reveladoras. Para ella:

La escritura es una larga introspección, es un viaje hacia las cavernas más oscuras de la conciencia, una lenta meditación. Escribo a tientas en el silencio y por el camino descubro partículas de verdad, pequeños cristales que caben en la palma de una mano y justifican mi paso por este mundo.¹²

L.Ch. Willie tiene que ser una persona formidable. Yo siempre les digo a mis alumnos que la escena de amor más poderosa que hay en toda la narrativa latinoamericana es aquella entre Irene y Francisco en *De amor y de sombra* y tú relatas que Willie te fue a buscar para conocerte luego de haber leído esa escena.

I.All. Celia Correas, una profesora de literatura latinoamericana de la Universidad de San José, le dio a leer a Willie *De amor y de sombra*, y cuando él la leyó le escribió a ella una nota diciéndole: «Esta mujer entiende el amor como yo, me gustaría conocerla». Cuando yo vine, ella nos presentó. Celia ha estado enseñando mis libros por catorce años. Su libro *Isabel Allende: vida y espíritus* recoge una serie de entrevistas conmigo porque su teoría es que todos mis libros coinciden o tienen eco con algo que ha sucedido en mi vida, que yo escribo impulsada por una experiencia personal y que, aunque parezca muy distante el libro de la experiencia vivida, siempre es posible encontrar esa relación. Ella, que conoce mis libros y mis personajes mucho mejor que yo, ha hecho ese puente entre la obra y la vida mía. Para mí fue una experiencia bien curiosa ver que hay una cierta consistencia entre la persona que soy y lo que escribo. Yo siempre he pensado que como soy tan volada, nada tiene asidero en la realidad, pero parece que sí, que algún asidero tiene, según dice Celia.

Al éxito de *La casa de los espíritus* le siguió el de otras novelas, también magníficamente bien logradas: *De amor y de sombra*, *Eva Luna*, *El plan infinito*. A su producción literaria podríamos agregar *Los cuentos de Eva Luna*, supuestamente escritos por la misma Eva Luna, personaje principal de la novela que lleva su nombre, que descubre tardíamente que su oficio es escribir; *Afrodita*, texto misceláneo de recetas,

¹² *Ib.*, p. 17.

secretos, afrodisíacos que, como ella misma relata en el diálogo que tuve el privilegio de sostener con ella, representa la transición entre *Paula* y la novela sobre California que mentalmente había comenzado a escribir muchos años atrás: *Hija de la fortuna*.

Los personajes de Isabel Allende tienen mucho de ella, particularmente los femeninos, pues comparten su forma de pensar, su capacidad de lucha, de entrega, de no rendirse ante la adversidad.

L.Ch. En casi todos tus personajes femeninos hay una vocación por la escritura y por la creatividad, y la madre de esos personajes eres tú.

I.All. Claro; uno, en el fondo, siempre escribe sobre sí mismo. Uno escribe sobre lo que a uno le importa. Uno siempre está preguntándose las mismas cosas y la literatura, cuando se la practica honestamente, es una búsqueda de respuestas que uno nunca encuentra pero nada más que al repetirse y repetirse las preguntas se va creando una especie de campo magnético en el cual otras personas entran, que son los lectores. Y cuando la pregunta que uno se hace es la misma que se está haciendo mucha gente, se produce un fenómeno extraño, una especie de camaradería con gente que uno nunca va a ver pero que está allí. Hay un espacio inmenso en el mundo donde yo siento que somos muchos los que tenemos las mismas inquietudes, los mismos temores, los mismos sueños. Sé que estamos allí, que somos muchos y no tenemos un nombre. Así como se habla de los fundamentalistas o de los demócratas, nosotros no tenemos nombre, pero somos muchos los seres humanos que tenemos la misma ideología, la misma experiencia, los mismos valores, y estamos juntos de alguna manera. No sé si tú lo sientes, pero yo creo que voy por el mundo y de repente me encuentro con gente a la que siento conocer de toda la vida; está allí, en todas partes.

L.Ch. Tus personajes femeninos, Clara, Blanca, Alba, Irene Beltrán, Eva Luna, Carmen Morales, Eliza Sommers, son siempre mujeres muy luchadoras, incapaces de darse por vencidas. ¿Es esta tu opinión de la mujer?

I.All. Tal vez son así porque no me interesan los personajes que se dan por vencidos y tal vez por mi experiencia como mujer y como periodista —yo he trabajado toda mi vida con mujeres y para mujeres. La mujer es muy fuerte. Esto puede resultar una generalización grave, pero en la literatura de los grandes escritores del *boom*, que fueron todos hombres, y todos de una generación anterior a la mía,

criados en colegios segregados o siempre entre hombres, los personajes femeninos, en general, son como arquetipos. Son la prostituta, la madre, la fundadora, la novia eterna; no son seres de carne y hueso, reales, porque no saben lo que son las mujeres. Yo creo que nosotras, ahora, las mujeres escritoras que estamos narrándonos a nosotras mismas, podemos reflejar en la literatura personajes femeninos mucho más complejos y mucho más reales de los que nunca hubo en la literatura latinoamericana. Y esos personajes no son inventados, no son modelos para que otra gente copie, que nosotras inventamos de la nada: somos nosotras, son nuestras amigas, nuestras madres, nuestras tías. Echa una mirada a lo que es la literatura escrita por mujeres hoy día, de Latinoamérica, vas a encontrar esos personajes en todas partes, por todos lados. Personajes que son como corchos: los hundes y vuelven a salir a flote, mil veces.

L.Ch. Es una linda metáfora, pero tus personajes masculinos también son muy poderosos.

I.All. Mis personajes masculinos yo creo que no son ni tan complejos ni tan interesantes como los femeninos. En general, corresponden más a ciertos arquetipos, excepto en el caso de Gregory Reeves, tal vez, que, como es una larga entrevista a un hombre real de carne y hueso, es un poco más complejo. Pero yo tengo personajes que se repiten en mis libros. El personaje de Riad Halabí, por ejemplo, en *Eva Luna* es igual a Tao Chi'en en este otro libro. Son seres compasivos, derrotados por la generosidad, que salvan a la protagonista muchas veces. Siempre son los mismos. Es Francisco Leal; son siempre así.

L.Ch. Menos Esteban Trueba.

I.All. Por eso digo que el otro personaje es el represor, el personaje del patriarca, del padre ausente, que está muerto o se ha ido, o es tan autoritario que no hay relación con ese padre, que es un poco la historia de mi vida, también. Yo soy incapaz de crear un padre lindo, adorable, que uno quisiera tener, entonces lo sustituyo por otros personajes como Riad Halabí, como Tao Chi'en, que son personajes que se convierten en amantes pero que al mismo tiempo son muy paternales, muy protectores.

L.Ch. Pero Esteban Trueba es un personaje maravilloso a pesar de su autoritarismo.

I.All. Ese está basado en mi abuelo, ese caballero que ves allí.

L.Ch. Sé que está basado en tu abuelo y además que tu génesis, no como periodista, pero sí como novelista, nace de la larga carta que le escribes a tu abuelo en su lecho de muerte.

I.All. Igual que *Paula* nace de la larga carta que empecé para Paula en el hospital.

L.Ch. De repente tu experiencia como novelista nace del dolor...

I.All. Siempre de la pérdida de algo. *La casa de los espíritus* es la pérdida de un país, de una realidad que era mía, de una familia, de todo eso que yo perdí en el exilio. *De amor y de sombra* es la pérdida de la democracia, de aquello en lo cual yo creía, que para mí era inamovible, indestructible, inviolable. Cada libro corresponde a alguna pérdida o a un dolor grande, pero sublimado o transformado. Mi vida no ha sido triste. Mi vida ha sido difícil, pero no triste; salvo ese momento con Paula, todo lo demás, incluso el exilio, ha sido una suma de momentos de prueba y de esfuerzo, pero no de tristeza.

L.Ch. Pero ya no tienes aquí un nomeolvides para que crezca como tu nostalgia, porque me imagino que en San Francisco ya no hay nostalgia.

I.All. No hay nostalgia porque no hay exilio. Yo puedo volver a Chile cuando quiera.

L.Ch. ¿Cómo es tu vida en San Francisco?

I.All. Fácil, cómoda, alegre. Tengo bastante privacidad. Hay una infraestructura que maneja mi marido que me protege, y eso es maravilloso, así que es una vida buena. Lo único malo es que esto es muy lejos de todo, para ir a Chile para ir a Europa, para todo queda muy lejos. Ese es el único inconveniente; todo lo demás son puras ventajas.

L.Ch. Pero tu madre viene con frecuencia...

I.All. Mi mamá viene por lo menos dos veces al año y se queda, acabamos siempre tomando desayuno en la misma cama.

L.Ch. La última pregunta. Has dicho en alguna entrevista que tu oficio es la escritura y que te gusta jugar con palabras. ¿Qué podrías decirme al respecto?

I.All. Yo pienso en palabras, sueño en palabras. Yo creo que mi oficio es contar. A veces me acusan de que miento y tal vez es cierto que miento mucho, transformo la realidad, la cuento de otra manera. Si veo un accidente de tránsito con mi marido, llego a la casa contando una cosa completamente distinta de la que va a contar él. Nada más que ponerlo en palabras determina la realidad, la fija en un color, en un tono, en unos límites. Por eso, cuando escribí el libro de *Paula* fui muy cuidadosa en la elección de los adjetivos; cuando son gratis los adjetivos, tú puedes escoger cuantos quieras y el que quieras, y poner todo lo que se te antoje. Cuando tú escoges un adjetivo le das un tono, determinas una realidad. Tú puedes decir que el vaso

está medio vacío o medio lleno. La forma en que tú lo cuentas es como es la realidad para ti y como la va a recordar tu memoria después. Cuando yo pienso, por ejemplo, en los años de exilio, trato de no pensar en la parte negativa, sino de ponerlo en términos de esfuerzo o de dificultad, pero nunca de tristeza o de pérdida, porque no es así. Yo puedo decir «mi hija murió a los veintiocho años», o puedo decir: «mi hija vivió veintiocho años», y es completamente distinta la forma en que tú lo sientes. Creo que tal vez a eso me refería con lo de las palabras y que tengo la buena fortuna de que mis palabras están en español, que es un idioma sonoro, un idioma en el cual uno puede expresar la emoción tan fuertemente, uno escoge un adjetivo y transforma todo. ¿No sientes tú eso?

Como relata Isabel Allende en *Paula*, es solo con *Eva Luna* que cobra conciencia plena de que su vocación es la escritura.

Cuando me senté ante la máquina para iniciar el libro no lo hice como en los dos anteriores, llena de excusas y dudas, sino en pleno uso de mi voluntad y hasta con cierta dosis de altivez. «Voy a escribir una novela», dije en voz alta. Luego encendí la computadora y sin pensarlo dos veces me lancé con la primera frase: *Me llamo Eva, que quiere decir vida...*¹³

El tiempo no ha hecho más que confirmar lo acertado de su vocación y es que, en la escritura de Isabel Allende, la palabra está puesta al máximo de su potencia y expresividad, el lenguaje nos aleja del mundo cotidiano y nos sumerge en su prosa, una prosa dulce, ágil, emotiva, poética, formidable. Son estas y otras características las que la convierten en una de las escritoras más leídas y más reconocidas de habla hispana.

Mi oficio es la escritura. El único material que uso son palabras. Palabras... palabras de este dulce y sonoro idioma español. Están en el aire, las lleva y las trae el viento, puedo tomar las que quiera, son todas gratis, palabras cortas, largas, blancas, negras, alegres como *campana*, *amigo*, *beso*, o terribles como *viuda*, *sangre*, *prisión*. Infinitas palabras para combinarlas a mi antojo, para burlarme de ellas o tratarlas con respeto, para usarlas mil veces sin temor a desgastarlas.

¹³ *Ib.*, p. 319.

Escribí *La casa de los espíritus* como un exorcismo para librarme de los fantasmas que llevaba dentro, que se habían amotinado y no me dejaban en paz. Pensé que si lograba hacerlos prisioneros de la escritura los obligaría a cumplir mis leyes. Le atribuí a la palabra el poder de resucitar a los muertos, reunir a los dispersos, reconstruir el mundo perdido.¹⁴

Referencias Bibliográficas

ALLENDE, Isabel

1984 *Paula*. Barcelona: Plaza & Janés.

1982 *La Casa de los Espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés.

CLAUDIN, Víctor

1984 «Isabel Allende cuentacuentos en la aldea del amor y la sombra». *Liberación* (Madrid).

CORREAS ZAPATA, Celia

1998 *Isabel Allende: Vida y Espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés.

PIÑA, Juan Andrés

1991 *Conversaciones con la Narrativa Chilena*. Santiago: Los Andes.

ZAMUDIO, Alfredo

1984 «Isabel Allende: A vivir con alegría». *Hoy* (Santiago) 385, 3-9.

¹⁴ PIÑA, Juan Andrés, ob. cit., p. 218.